

PATAGONIA



CERRO TORRE. VIA FERRARI más allá de los hielos

Iosu Merino

HAY montañas cuya leyenda va decayendo, palidecida por los avances de la técnica y de la audacia alpinas; hay otras, muy pocas, en cambio, para las que el paso del tiempo no hace sino ensanchar su halo mítico y robustecer su prestigio.

Una de esas escasas es el Cerro Torre: la lanza de piedra, el centinela de Patagonia, sigue siendo tan agresivo para los alpinistas como cuando Cesar Maestri reivindicó en 1959 para él y para su desaparecido compañero Toni Egger la primera ascensión a la cumbre.

El desafío adquiere caracteres extremos cuando los intentos se dirigen hacia la cara Oeste, la más expuesta a la violencia de las borrascas del Pacífico.

Para escalar la vía que en esa vertiente forzó Ferrari en el 74, hay que saber esconderse como un topo, acechar como un leopardo, trepar como un gato y bajar como un sarrío.

El pasado mes de febrero el vasco Iosu Merino y el riojano Simón Elías aceptaron ese envite. El relato de su aventura es un reflejo de la verdadera dimensión de una escalada en el Cerro Torre.

DIA 1 de enero. Tras las despedidas de rigor, estamos en el aeropuerto de Madrid. Casi sin darnos cuenta, veinte horas más tarde estamos tomando tierra en Río Gallegos. Estamos en Patagonia.

No nos hemos sacudido todavía el descoloque, ya que hace tan sólo unos días andábamos de fiesta rodeados de amigos y ahora nos encontramos solos y descentrados al otro lado del charco. Tras poner todo en orden, llegamos a Chalten, último punto civilizado antes de adentrarnos en el mundo de las montañas patagónicas.

Como primera toma de contacto con este entorno alpino único en el mundo, probaremos suerte en la torre Stanhardt. Como era de esperar, los días transcurren y el mal tiempo se afianza sobre nosotros. Comenzamos así a comprobar las peculiaridades del famoso clima patagónico: en estos parajes el buen tiempo es algo tan impredecible como invaluable. Tenemos todo preparado para iniciar la escalada, pero nos tenemos que consolar charlando, cocinando, limpiando la cabaña, haciendo juegos que, en cualquier otro lugar, parecerían absurdos. Son actividades que nos distraen y relajan un poco, ya que la prolongación de la inactividad nos carga de tensión y nos convierte en seres insoportables.

* * *

Nos despertamos con el susurro del viento; la gente anda con revuelta en el campamento: gritos, risas y carreras llenan el ambiente de una inusual agitación. Patagonia parece que empieza a sonreír: ha mejorado la presión, lo que augura un periodo de buen tiempo. Pero la esperanza se esfuma pronto, como el humo en el viento. Y de nuevo a esperar, a mirar ansiosamente al barómetro, aguardando una oportunidad para poder adentrarnos en el Hielo Continental. Bromeamos sobre tan larga espera, hasta pensamos en irnos a Mar de Plata a tomar el sol, ya que aquí los cielos despejados sólo parece que se ven en las postales.

De madrugada nos despierta Simón: está despejado, aunque sigue soplando viento. No lo dudamos: adelante. Pero avanzamos con cierto temor, porque la presión no sube. Los temores se confirman y poco después nos vemos envueltos de nuevo en la tormenta. Los cielos se vuelven a cubrir y un viento suave deja caer sobre nosotros una nube de copos blancos que nos van restando visibilidad. La niebla nos envuelve y la brújula es nuestra única referencia para avanzar en un entorno sin formas ni horizontes.



***En estos parajes el
buen tiempo es
algo tan
impredecible como
invalorable***

Intuimos que debemos estar próximos a la Stanhardt, pero nos encontramos perdidos en un universo blanco, en la mitad de una nada absoluta y silenciosa.

No tenemos muchas opciones. Nos decidimos por lo más sensato en estas circunstancias: montar la tienda y esperar.

Pasan dos días más en la inactividad total y cuando los nervios empiezan a aflorar, el dios de las montañas nos da un respiro: se despejan los cielos, cesan los vientos y ante nuestro asombro vemos levantarse ante nosotros la aguja Stanhardt y la punta del Cerro Torre, todavía semicubiertos por los restos de las nieblas que los aíslan del resto del mundo.

Nos preparamos todos y nos encaminamos hacia el Vivac de los Noruegos. Subimos ansiosos y llenos de júbilo contemplando un panorama maravilloso que no sabemos hasta cuándo durará.

La tregua nos permite escalar la vía Tomahawk a la torre Stanhardt, pero no podemos redondear el triunfo: un cambio repentino de tiempo nos obliga a la retirada, impidiendo que empalmemos con la vía Exocet, que nos hubiera llevado hasta la punta. En medio de la tormenta rematamos Tomahawk y, con proyectiles helados cayendo a nuestro derredor completamos un descenso que la fatiga y las malas condiciones convierte en un calvario.

Pasan los días y la meteorología se muestra intratable. Hacemos cuentas: la fecha en la que debemos reunirnos con Marc Serradell está próxima y tenemos que abandonar nuestros planes en la Stanhardt. Otro proyecto todavía más importante nos está esperando.

* * *

Concretamos los preparativos y nos adentramos en el Hielo Continental. Ahora es cuando comienza la prueba decisiva para nosotros en este medio hostil y solitario como pocos lugares en la tierra, en el que nos sentimos como seres insignificantes, intentando sobrevivir a sus caprichos y veleidades.

Navegando por una llanura helada, bella y estremecedora al mismo tiempo, vamos portando la mayor parte del material, comida y combustible hasta el paso Marconi, nuestra puerta de entrada al Hielo Continental.

Con la precariedad que siempre infunde el buen tiempo en Patagonia, arribamos al Filo Rosso, que será nuestro Campo Base bajo el Cerro Torre. Sin perder un momento, preparamos la cueva donde dejar parte del material y comida que no

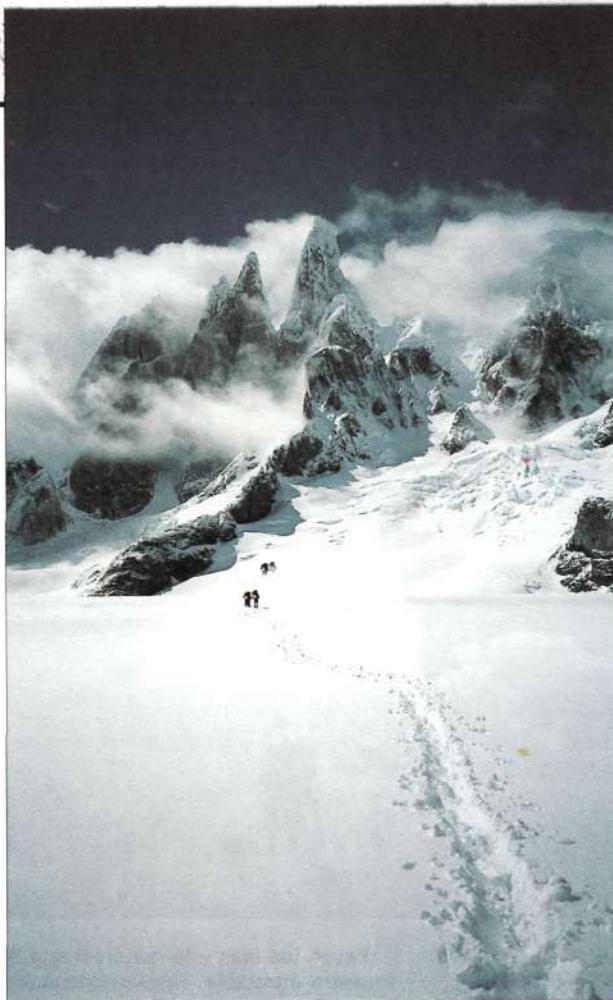
subiremos hacia arriba. Luego nos dedicamos a hidratarnos y a descansar, mientras infinidad de pensamientos bullen en nuestras cabezas.

A las tres suena el despertador y empezamos el ritual habitual de fundir nieve para el desayuno y para la ascensión. Para cuando estamos pre-

*A la
izquierda
Justo
antes del
Collado de
la
Esperanza*

*Arriba.
Palas
antes del
Collado de
la
Esperanza
con la
Punta del
Torre*

***Por una llanura helada,
bella y estremecedora al
mismo tiempo, portamos
hasta el paso Marconi,
puerta de entrada al Hielo
Continental***



Es muy extraño que Marc no aparezca todavía. La espera nos permite darnos un prolongado descanso y tomarnos otro trago de té. Cuando llega Marc lo hace con el gesto fruncido por el dolor que le producen las botas. La decisión es muy dura para él, pero se siente obligado a regresar. Tras la despedida, le vemos dolido, alejarse entre la tristeza y el desconcierto.

Superamos las últimas palas de 60/65° hasta superar el Collado de la Esperanza. Desde aquí podemos contemplar la cima del Cerro Torre, la vía Brid-

well, el hielo infinito. Un escalofrío recorre nuestro cuerpo.

parados son ya las siete. Simón y yo nos vamos hacia arriba. Que los dioses nos sean propicios.

Los primeros metros hacia la vía Ferrari transcurren por pendientes suaves, en la que tenemos que prestar atención a las grietas, ocultas por la nieve recién caída. Nos vamos alternando a la hora de abrir huella. Tenemos que detenernos para recobrar el aliento, aplastados por las mochilas que nos destrozan la espalda. Tras un largo trago de té nos colocamos los crampones y afrontamos las primeras dificultades. Superamos así palas de 60/75° y un par de largos de mixto bastante fáciles.

Nos encordamos y hacemos un par de largos con algún resalte de 85/90°. Hay tramos en los cuales la nieve es de tan mala calidad que el miedo y la adrenalina invaden nuestro cuerpo. Será una sensación a la que tendremos que acostumbrarnos.

Estamos en la Base del Casco. Desde aquí se puede casi acariciar la cima. Fijamos un largo y preparamos nuestro pequeño vivac a 2700 metros, en el que reposamos unas horas antes de lo que va a ser el ataque final. Pero todo es un sueño, un señuelo demasiado perfecto para estar en Patagonia.



La tormenta se torna cada vez más violenta. Estamos atrapados. Descender sería un suicidio

Hemos fijado la hora de las dos de la mañana para comenzar el lento proceso de vestirnos y preparar el desayuno. Las horas pasan lentas. No

consigo dormir a consecuencia de la fatiga y del temor permanente de que cambie el tiempo, de que la burbuja de la ilusión se rompa con la primera ráfaga de viento.

¿Qué es eso?. Al principio no lo quiero asumir, pero el viento está ahí fuera, rugiendo de nuevo con fuerza. Simón se despierta. Nos miramos y nos comprendemos al instante. La tormenta se torna cada vez más violenta. Estamos atrapados. Descender en estas condiciones sería un suicidio. De nuevo, sólo nos queda esperar.

Pedimos clemencia y Patagonia nos ofrece una oportunidad. Aprovechando que amaina un poco, salimos huyendo de nuestra madriguera. El miedo nos atenaza cuando nos sentimos zarandeados por la violencia de un temporal que nos convierte en muñecos de papel. Nos arrastramos por el suelo, confiando que no nos arrastre mientras vamos perdiendo trabajosamente altura. Nuestro cuerpo se ha convertido en una coraza de hielo. En una lucha por salvar la vida rapelamos hacia la nada. Sólo importa una cosa: bajar.

Tras franquear el Collado de la Esperanza nos tomamos un respiro. Al otro lado la situación es más tranquila. Nos miramos, lo hemos comprendido. No

Arriba a la izquierda.

Llegando al C. B. con el Torre entre las nieblas

A la izquierda. Vivac a 2700 (así estuvimos tres días sin salir)

En el centro. Arrastrando la carga por el hielo

A la derecha. Vista de la Torre Egger desde el vivac a 2700 m



■ LA RUTA HACIA EL HONGO BLANCO

LOS primeros en vislumbrar la posibilidad de alcanzar la cumbre del Cerro Torre desde la vertiente, oeste que mira hacia el Hielo Continental, fueron dos italianos de leyenda: Carlos Mauri y Walter Bonatti. Era el verano austral de 1959. Ambos alpinistas habían demostrado su nivel el verano anterior al superar la cumbre del Gasherbum IV en el Karakorum. Llegaron hasta el collado de la Esperanza, al tiempo que, por la vertiente opuesta, Maestri y Egger protagonizaban su trágica y controvertida escalada.

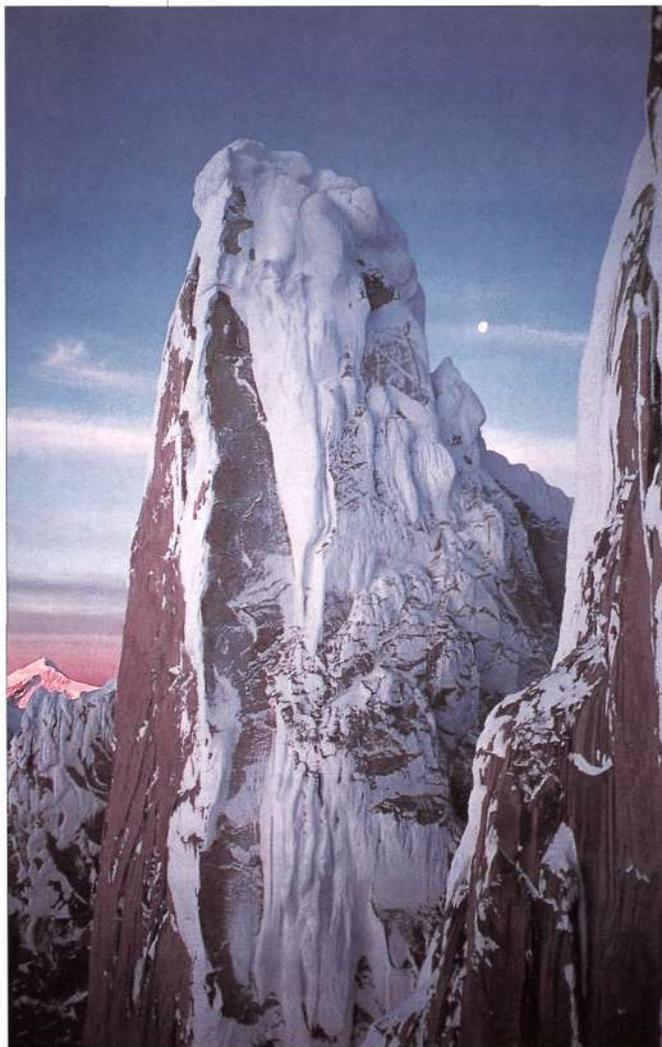
Mauri lo vuelve a intentar en 1970. El grupo de punta es rechazado a poca distancia de la cima. Entre sus componentes se encuentra Casimiro Ferrari, que en los años sucesivos se convertirá en una institución en las cumbres de la Patagonia.

Basado en las experiencias anteriores, Ferrari organiza en 1974 una potente expedición que consigue la primera ascen-

sión incontestable a la cima del Cerro Torre, superando el controvertido tramo del hongo somital. Pasan los años y nadie se atreve a fajarse con el reto de la vía Ferrari. Hasta 1977 no se repite la escalada. Los protagonistas son los americanos Bragg, Carmen y Wilson.

También son yanquis los autores del tercer triunfo. Bearzim y Wilkelmann completan la escalada pero no superan el hongo. La misma circunstancia rodea la escalada de los franceses Autheman, Valet y Pessi en 1994, aunque logran la primera travesía del Cerro, descendiendo por la vía Maestri - Egger del 59.

En cuanto a los vascos, Iosu Merino es el cuarto en poner pie en el punto más alto del Cerro Torre y el primero que lo hace por la vía Ferrari. En el verano austral del 87 los gipuzkoanos Xabier Ansa y Txema Egizabal lo lograron por la vía Maestri, al igual que el bizkaino Iñaki San Vicente en el 93.



hacen falta palabras para entender que hemos estado durante unas horas caminando sobre el filo de la navaja. Han sido momentos duros, sin apenas comida, con los sacos mojados, sin poder conciliar el sueño. Son situaciones críticas que no elegimos, pero que debemos estar preparados para superar.

Marc nos recibe con alegría en el Campo Base. Nuestro aislamiento durante tres días le ha tenido preocupado, ya que conocía que sólomente llevábamos comida para una jornada y media. El tiempo sigue infernal. Leemos y pensamos en comer lo que no podemos, evitando que salte la chispa de la discusión por el motivo más absurdo. La situación se prolonga durante doce largos días en los que el ambiente se hace tenso, como consecuencia de la inmovilidad a que nos reduce la cueva de hielo y el hambre por la escasez de comida. Repartimos la sopa en una jarra medidora y llegamos a masticar los fideos. Los dulces los reservamos para días especiales.

Ante esta penosa situación, Marc había decidido bajarse a Chalten, ya que no podía escalar debido al mal estado de sus pies. Simón y yo estábamos también contemplando esa posibilidad cuando ¡¡ milagrojj. Patagonia nos ofrecía un regalo de buen tiempo que no estábamos dispuestos a rechazar.

Otra vez al ataque. La presión y nuestro ánimo subían casi al mismo

El tiempo sigue infernal. Leemos y pensamos en comer lo que no podemos, tratando de evitar que salte la chispa por cualquier motivo



tiempo. Rápidamente nos situamos en la base del Casco. Volvemos a fijar el siguiente largo, como siempre, a esperar...

* * *

Jumareamos en la oscuridad incierta del amanecer. El cielo se cubre de un tono rojizo. Hace un frío horrible. Tras un largo ensamble, Simón prepara la reunión al inicio de los tramos de mixto. Ahora voy yo por delante. Avanzo rápido para eludir el frío que se nos mete hasta los huesos y en un pequeño diedro monto una nueva reunión. Simón se apresura a llegar hasta donde me encuentro, mientras observo cómo la luz va dando color y forma al hielo. El momento es inolvidable. Todo está plácido, pero surge la incertidumbre insoslayable de Patagonia: ¿cuánto durará?

Simón ya llegado. Intercambiamos el material y prosigo abriendo camino entre los bloques. Veo el final del estrecho tubo, que se presiente bonito. Hay veces que el miedo se apodera de mí, lo que me impulsa a meter algún tornillo de más. Mientras aseguro a Simón observo ensimismado esta

tierra que ahora adoro y hace unos días maldecía.

Tras otro largo sencillo, nos enfrentamos al que intuíamos iba a ser el tramo más expuesto y complicado, pero el destino nos reservaba otra sorpresa.

Me releva Simón, quien devora los metros y con asombrosa facilidad supera las zonas más delicadas de

90/95° de nieve mala inestable. Nos tomamos un respiro. Un trago de té y un poco de chocolate. Miramos hacia arriba: cada vez vemos el Torre más cercano. Sabemos que nos resta un recorrido por las antecimas, que

no son difíciles, pero sí expuestas. Hay tramos de 80/85° que, con la inestabilidad de la nieve, nos obligan a realizar movimientos tan precisos como acrobáticos, intentando en todo momento mantener el control de la situación.

* * *

Parece que el sueño se va a cumplir. Vemos ya la cima, casi la podemos acariciar. Un extraño escalofrío recorre nuestro cuerpo. Nuestras miradas se cruzan una vez más en un diálogo tan mudo como elocuente al contemplar

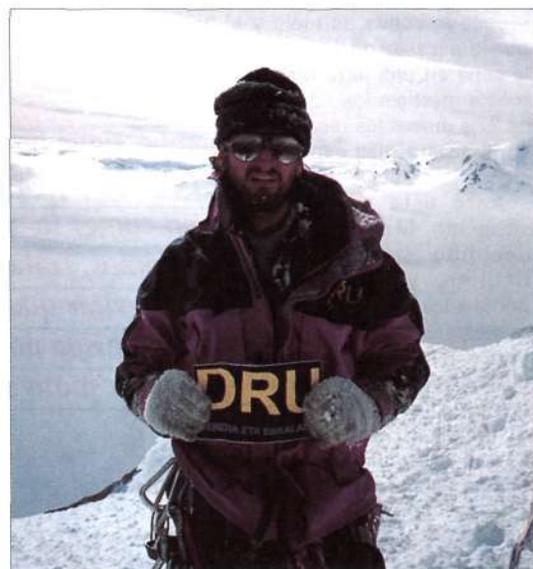
una especie de cornisa de nieve tan blanda y estética como un merengue de pastelería.

Los dos sabemos que esta última parte va a estar llena de incertidumbre. Consciente de ello, Simón aborda los primeros metros. No dejo de observar la perfección de su técnica, el golpe justo en el lugar preciso. Cuando lleva escalados unos veinte metros,

Arriba.
Simón llegando al Casco

Debajo.
losu en la cumbre

Parece que el sueño se va a cumplir. Vemos ya la cima, casi la podemos acariciar



se detiene. No ve ninguna salida clara en un largo tapizado de la peor nieve que he visto jamás. Las estacas no nos sirven, los tornillos menos, ya que metemos el brazo hasta el codo. No tenemos escapatoria. No podemos bajar, sólo tenemos una salida: realizar una inmensa travesía sobre la cara norte, sin seguros, ni reposos, sobre un patio de 1500 metros.

La voz de Simón suena tensa, el miedo invade su cuerpo, rezuma adrenalina, pero mantiene la cabeza fría. Sus movimientos son siempre lentos, controlados. Por un momento le pierdo de vista. El sol me achicharra. Noto que se me van las fuerzas. Grito, pero no me contesta. Comienzo a avanzar. La tensión es total. Cada paso es una agonía, una guerra psicológica. Un fallo y la caída sería...

Por fin me parece escuchar la voz de Simón: "Sube". Allí voy. Según avanzo, el miedo también me va agarrotando. No hay seguros. Los piolets casi no sirven. Los uso como bastones en inclinaciones de 85°. Parece imposible.

La cuerda me va guiando hacia un diedro, lo que me tranquiliza un poco. Según avanzo, mi asombro no tiene límites al comprobar que la cuerda se pierde en un túnel. Ha sido la única alternativa que Simón ha encontrado para salir de esta ratonera. El túnel penetra unos diez metros en el hielo, en una travesía claustrofóbica, pero que nos permite un descanso en la tensión extrema que hemos vivido.

Por fin emergemos. Nos abrazamos. Estamos en la cumbre del Torre. Pero no hay tiempo para el relajo y las sonrisas: los cielos se han cubierto y sopla el viento. Patagonia nos vuelve a poner a prueba. No llegamos a dis-

Por fin lo hemos conseguido. Nos abrazamos. Estamos en la cumbre del Torre

frutar de la cima, ya que nuestros cuerpos todavía recuerdan las furias de estas montañas.

Unas fotos y comenzamos el descenso. Nieva suavemente, pero poco a poco vamos perdiendo altura y, finalmente, tras 22 horas continuadas de esfuerzos llegamos a nuestro hotel del

Filo Rosso. Una vez más, el agotamiento se ha apoderado de nuestros cuerpos.

Tenemos ahora un brillo extraño en los ojos, pero no es el momento ni el

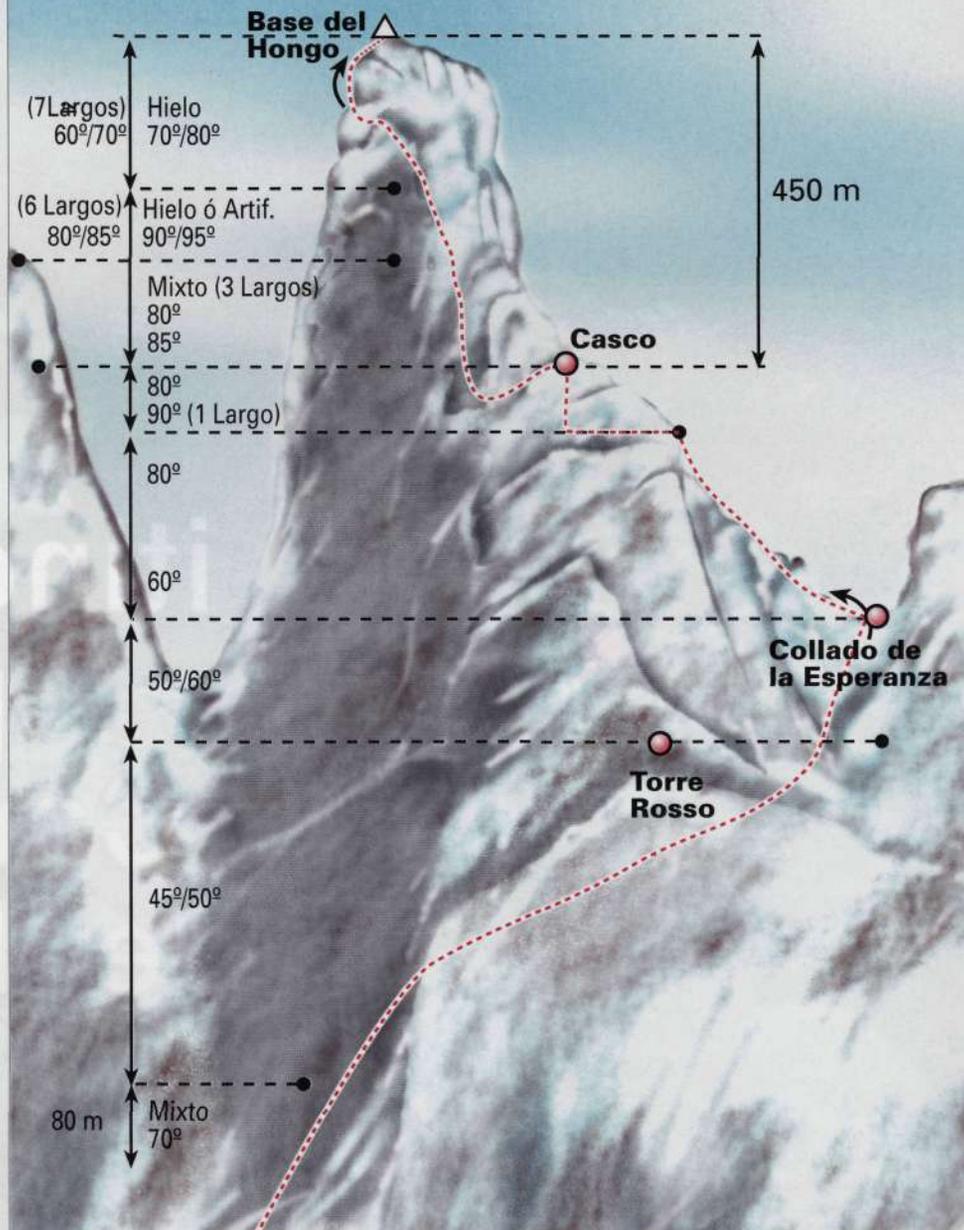
lugar para las celebraciones. Todavía nos queda salir de este mundo de hielo.

Luego vendrán las cervezas en Chalten, el retorno a casa, el reencuentro con los seres queridos, pero Patagonia deja su huella, la que reparte fracasos, tragedias, agonías y, también, un poco de gloria.

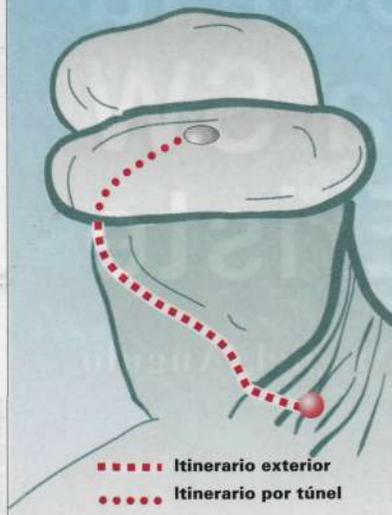
Tercera repetición Integral de la Vía Ferrari al Cerro Torre.

Días 18 y 19 de febrero de 1997 por Iosu MERINO y Simón ELIAS. □

INTEGRAL DE LA VIA FERRARI AL CERRO TORRE



Travesía expo sobre la cara Norte. 80° 85°. Túnel de 10 m. Base del Hongo hasta la cima



■ ■ ■ ■ Itinerario exterior
● ● ● ● Itinerario por túnel